

# El fantasma anidó bajo el alero

Emilio Pascual



ANAYA

*«En verdad hay mucha gente que lee solo para no pensar»*  
(Georg Christoph LICHTENBERG)

*El fantasma anidó bajo el alero*

1.ª edición: octubre 2003  
2.ª edición, revisada: enero 2004

© Del texto: Emilio Pascual, 2003  
© De la ilustración: Javier Serrano, 2003  
© Grupo Anaya, S. A., Madrid, 2003  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid  
[www.anayainfantilyjuvenil.com](http://www.anayainfantilyjuvenil.com)  
e-mail: [anayainfantilyjuvenil@anaya.es](mailto:anayainfantilyjuvenil@anaya.es)

Diseño: Gerardo Domínguez

ISBN: 84-667-2721-3  
Depósito legal: M. 53.303/2003  
Impreso en Lavel, S. A.  
C/ Gran Canaria, 25  
Polígono Industrial Los Llanos  
28970 Humanes de Madrid (Madrid)  
Impreso en España - Printed in Spain

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

# El fantasma anidó bajo el alero

Emilio Pascual

*Ilustración:*  
Javier Serrano  
0

ANAYA



## Índice

1. La visita que tampoco tocó el timbre.....	13
2. Cosas de la vida cotidiana.....	27
3. Diálogos en el purgatorio.....	37
4. República concertada o la caverna de los secretos	51
5. Caminos que se encuentran en la noche.....	63
6. Esbozo de una teoría de los colores.....	79
7. Cartas a un escéptico en materia de repelús.....	95
8. Una odisea infinita.....	107
9. Así lanzó la piedra Zacarías.....	121
10. Rosas rojas para ti.....	135
11. El sueño es vida.....	147
12. El filósofo inexperto.....	161
13. Oda a otro rruiseñor.....	171
14. El sabueso de los Baskerville.....	181
15. El cofre del tesoro.....	191
16. Después de la palabra.....	203





*A mi abuelo Longinos, a quien no conocí,  
y a mi madre, que me lo dibujó con palabras.*

*A mi abuelo Simeón,  
que me contaba historias de Gógol sin haberlo leído.*

*Al Cojo de Mudrián, que fue fantasma,  
y al Cojo de Tejares, que también.*



...Still wouldst thou sing, and I have ears in vain –  
To thy high requiem become a sod.

Thou wast not born for death, immortal Bird!  
No hungry generations tread thee down;  
The voice I hear this passing night was heard  
In ancient days by emperor and clown:  
Perhaps the selfsame song that found a path  
Through the sad heart of Ruth, when, sick for home,  
She stood in tears amid the alien corn;  
The same that oft-times hath  
Charm'd magic casements, opening on the foam  
Of perilous seas, in faery lands forlorn.

(John KEATS, *Ode to a Nightingale*, vv. 59-70)

[...Seguirías cantando para mi oído insensible,  
y yo sería tierra para tu intenso réquiem.

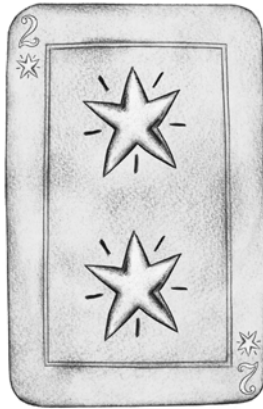
¡No has nacido para la muerte, oh Pájaro inmortal!  
Ni te han pisado las generaciones hambrientas.  
La voz que oigo esta noche fugaz ya la han oído  
en los días antiguos el rey y el campesino.  
Acaso el mismo canto que logró abrirse paso  
hasta el corazón de Rut, que, nostálgica de su casa,  
derramaba sus lágrimas en el trigal ajeno;  
el mismo que a menudo había hechizado  
las mágicas ventanas, abiertas a la espuma  
de mares peligrosos, en tierras de leyenda ya olvidadas.

(John KEATS, *Oda a un ruiseñor*, vv. 59-70)



1

La visita que tampoco tocó el timbre





**L**

a primera noche en que me visitó mi abuelo, lo reconocí por la luz verdiazulada que nimbaba su calva. Tenía la misma cabeza luminosa que en el retrato de la sala, aunque allí, acechado por las sombras, quedaba algo apagada ante el acoso de la penumbra. Entró descalzo y de puntillas, con una linterna en la mano izquierda, el índice de la otra cruzando verticalmente el círculo en forma de beso de sus labios, y la uña perdida entre las matas cenicientas del bigote.

Compréndelo. Yo no había conocido a mi abuelo. Me habían dicho que se había ido sin billete de vuelta, que había muerto (entonces no se utilizaban tantos eufemismos como ahora), muerto antes de que yo naciera. Y ahora estaba delante de mí, con una linterna en la mano y pidiéndome silencio desde el dedo perdido en el bigote. Pude haber gritado, y entonces mi madre habría entrado para alejar los malos sueños de mi cabeza, como el año anterior habían desterrado los piojos cortándonos el pelo. No lo hice. Me embocé hasta la barbilla y susurré desde la almena de la sábana:

—Abuelo, ¿pero no estabas muerto?

—Lo estaba, pero ahora estoy aquí.

No tuvo que decirme que habláramos quedo. Como tampoco es fácil traducir el cadencioso murmullo de las palabras que empezamos a dejar caer con lentitud y suavidad de fuente.

—Abuelo, ¿entonces eres un fantasma?

—Lo era ya antes de que tú nacieras.

Mi abuelo apagó la linterna. Era una noche suave de mediados de septiembre, cuando las quitameriendas empezaban a visitar las eras con su presencia rosimalva (¿o amarilla?)\* y las chicharras aún no se habían ausentado del todo, aunque ahora en la distancia me pregunto si la persistencia de las cigarras es solo una reconstrucción falaz de la memoria o el capricho de «un verano obstinado en perpetuarse». Mi abuelo apagó la linterna y abrió la ventana a la luna. Entraron confundidos los pálidos rayos de los grillos y el agudo cri-cri de las estrellas.

Yo seguía con los ojos abiertos y la sábana hasta la barbilla, mirando en silencio al luminoso fantasma de mi abuelo. No daba miedo. Quizá adivinó mi pensamiento y dijo:

—¿Te doy miedo?

—No.

Era verdad. Mi abuelo despedía tranquilidad y luz: no daba miedo. Se acercó a la cama y me acarició el pelo con una mano protectora. Dijo:

—Felicidades.

---

\* Digo *amarilla*, porque Isidoro, el Estudiante de *Viejas historias de Castilla la Vieja*, cuenta que, cuando brotaron aquellas florecitas «amarillas» que don Justo atribuyó a inspiración divina, «el Antonio le hizo ver que eran las quitameriendas que aparecen en las eras cuando finaliza el verano». Para Unamuno, en cambio, las quitameriendas son rosas.





*Mi abuelo apagó la linterna y abrió la ventana a la luna.*

¡Felicidades! ¡Lo había olvidado! Tal vez la aparición me borró de la memoria el resto del día, o acaso los días de aquellos años oscuros eran todos iguales, cumplieras ocho años o dieciocho.

—Me habría gustado traerte ocho rosquillas, pero ahora vivo en un lugar en que apenas hay aceite para encender el candil: imagínate para encender rosquillas...

¿Dónde vivía mi abuelo? Podía preguntárselo, pero no sabía si atreverme. Me atreví:

—Abuelo, ¿dónde vives ahora?

—¿Ahora...? —pareció dudar—. En el purgatorio. Estoy en el purgatorio.

—¿Y te duele mucho?

—¿Doler...? —de nuevo pareció indeciso—. Que si duele qué.

—Las llamas —dije, algo sorprendido de que pudiese ignorar una cosa tan evidente—. ¿No te quemas?

—Ah, ya. Las llamas. —Por fin había caído en la cuenta—. No, no te preocupes. Allí no hay más llama que la de la vela, y calienta tan poco que no me quemó ni cuando la apago con los dedos.

—Entonces, ¿cómo ves?

—Los fantasmas tenemos ojos de gato.

Nos miramos en silencio, mientras él me acariciaba la cabeza tecleando con cuatro dedos la melodía de mis ocho años. Índice, corazón, anular, meñique, cinco, seis, siete y ocho.

—¿Vives solo, abuelo?

—No. Viven conmigo un cuaderno, varios libros y muchos fantasmas. Y ahora, ya que no he podido traerte ocho rosquillas, te voy a contar un cuento.

—Ocho —dije con una lógica implacable.

—Pues ocho. Pero uno por uno, para que cundan y no se acaben. Espero poder deberte siempre un cuento para poder venir a verte muchas noches.

Hizo una pausa y empezó:

—Era una vez un pájaro...

—¿Cómo se llamaba el pájaro?

—Ruiz.

—¿Ruiz? Eso no es un nombre.

—Sí que es un nombre.

—No es un nombre.

—Sí que lo es.

—No lo es.

—Sí. Es un nombre patronímico.

—¿Patroqueé?

—Un apellido, bobo. Y muy importante, no creas. Como nombre y apellido, lo llevaron antiguos caballeros y poetas. Y también nuestro pájaro. Era tan bonito y cantaba tan bien, que muchos lo llamaban Señor Ruiz y otros Ruiz Señor.

—Mentiroso. Se llamaba Ruiseñor.

—¿Ruiseñor, claro! —dijo mi abuelo, dándose una palmada en la frente, tan fuerte que palideció su luz verdosa—. ¡Qué memoria, Señor, digo Ruiseñor! Bueno, pues hace muchos años...

—¿Cuántos años?

—Mil —dijo mi abuelo con resolución.

El concierto minimalista de los grillos acompañó la sabia pausa de mi abuelo.

—Sigue.

—Decíamos que, hace mil años, un pájaro llamado

Ruiseñor habitaba en el árbol más alto y más frondoso de la huerta de un viejo monasterio. El monasterio era todo de piedra y estaba edificado en un valle arropado de montañas y silencio. Y en el mismo monasterio vivía también un monje.

—¿Cómo se llamaba?

—Virila. Se llamaba Virila.

—¿Cirila? Entonces sería una monja.

—No, era un fraile.

—Pues entonces se llamaría Cirilo.

—Se llamaría Cirilo —dijo mi abuelo con resignación—. Bueno, pues el monje Virila, digo Cirilo, tenía problemas en su monasterio. Andaba inquieto y apesadumbrado, no sabía si entrar o salir, se preguntaba por qué las abejas fabrican miel y las víboras veneno, por qué los corderos acaban siempre siendo devorados por lobos o por hombres (si es que hay alguna diferencia, aparte de la longitud de los colmillos), quién había encendido el sol, quién había dibujado la cara de la luna, y ocultado sus canas, y enseñado a guiñar a las estrellas... Preguntaba casi tanto como tú... Solo que no tenía abuelo que le respondiera.

Mi abuelo adivinó mi sonrisa en la penumbra.

—El buen fraile dudaba de todo, rezaba sin devoción, se distraía... Una tarde, agobiado por sus preguntas sin respuesta, salió a pasear a la huerta y se fue alejando del monasterio hasta que se sentó bajo un castaño antiguo. De pronto oyó cantar a Ruiseñor.

—¿Estaba en el castaño?

—Nadie lo vio, y así pudo estar en cualquier árbol o en todos. Pero lo oyó.

El abuelo siguió explicándome cómo el monje Virila, o Cirilo, entornó los ojos y, arrullado por aquella armonía imprevisible, entrevió el sentido de las notas en el pentagrama del cántico como yo había aprendido el de las letras en la cartilla. Ruiseñor contaba cantando. Cirilo comprendió el significado de la historia de Rut, aquella joven viuda que tuvo que irse con su suegra a espigar al extranjero porque en su país pasaban hambre; acompañó a un náufrago tenaz en su lucha perpetua con la espuma, con la flor del olvido y con la irresistible tentación de ser un cerdo; descifró la combinación de las compuertas de la lluvia, conoció los almacenes de la nieve y del granizo, los garabatos del relámpago y la ruda percusión del trueno; admiró el espectáculo incomparable del bostezo del hipopótamo, el surtidor de las ballenas y el despliegue de la cola del pavo real; supo que los ojos del gato se acomodan a las fases de la luna, como la cabeza del girasol al recorrido del astro; adivinó la armonía del caballo, la vista penetrante del águila y el zarpazo agazapado en el cachorro del tigre; averiguó el camino de las constelaciones, el pálido fulgor de la Vía Láctea y las sombras inciertas del corazón humano...

—... y se despertó con el suyo inundado de paz y de dulzura —concluyó mi abuelo—. El pájaro había dejado de cantar.

—¿Y no lo vio esa vez tampoco?

—Tampoco. Pero se vio a sí mismo y el paisaje. Estaba en un bosque enmarañado, tenía el hábito hecho harapos y la barba más blanca que la de Melchor y más larga que la de Robinsón...

—¿Quién era Robinsón, abuelo?

—¿No sabes quién era Robinsón? ¿Pues qué te enseñan en la escuela?

—Cuentas.

—¿Cuentas o cuentos?

—Cuentas. Los cuentos me los vas a contar tú — dibujé otra sonrisa al borde de la sábana y adiviné un guiño de mi abuelo—. ¿Quién era Robinsón?

—Otro náufrago que estuvo treinta años solo en una isla, y allí le crecieron la barba y las ideas. Te lo contaré otro día. Supongo que sabrás quién es Melchor.

—Un Rey Mago.

—¿Y qué le vas a pedir este año?

No quise exponer un levísimo asomo de duda por no parecerme al fraile Cirilo y dije:

—Un fantasma.

Mi abuelo volvió a rozarme varias veces el pelo, que también había crecido con la retirada de los piojos, y yo me esponjé como la gata, demasiado vieja ya para otras alegrías.

—¿Qué le pasó al fraile Cirilo, abuelo?

—Pues que estaba perdido. No reconocía aquel bosque enmarañado, no se reconocía a sí mismo, no encontraba el camino de vuelta. Desbrozando el terreno como mejor pudo y supo, tras varias equivocaciones, retrocesos y rectificaciones, logró hallar el monasterio... o lo que quedaba de él: estaba en ruinas, derribado por las raíces, comido por las zarzas, sembrado de jaramago. Y ni rastro de frailes. ¿Tú qué crees que podía haber pasado?

—Un terremoto.

—No. Trescientos años. El monje Virila, o Cirilo, había estado trescientos años oyendo a Ruiseñor, sin perca-

tarse del paso del tiempo. Trescientos años, que a él se le habían pasado como un soplo —hizo una pausa y añadió—: Y ahora, puesto que te enseñan cuentas, dime: Si el pájaro empezó a cantar hace mil años, y el monje dubitativo estuvo trescientos escuchando sus maravillas, ¿cuántos hace que encontró el monasterio derruido?

—Mil trescientos.

—Está bien —dijo mi abuelo—. Por lo menos, todavía te resistes a la resta. A propósito, ¿cuándo vuelves a la escuela?

—Mañana.

Hubo un silencio mágico solo turbado por los grillos. Tuve una ocurrencia y le dije:

—Oyéndote casi me pasa lo que al fraile Cirilo.

—Casi. Pero no te ha salido la barba ni a mí el pelo.

—Abuelo, ¿le dijo Ruiseñor quién ha encendido el sol, quién ha dibujado la luna y quién ha enseñado a guiñar a las estrellas?

—Fue el espíritu de una vieja india que vivía en lo más alto de una montaña. Ella abría y cerraba las puertas del día y de la noche, colgaba la luna nueva en el cielo y hacía las estrellas con los recortes de pergamino de la luna llena.

Se levantó.

—¿Qué le pasó al pájaro, abuelo? —pregunté para retenerlo unos instantes—. ¿Se murió?

—El ruiseñor es inmortal —respondió mi abuelo con sencillez.

Volvió a acariciarme los rizos rebeldes de la cabeza, con esa forma tan virtuosa de revolverme el pelo que solo él supo ejecutar como nadie. Ya no sabía cómo retenerlo:

—¿Quieres un poco de cagadillo?

Llamábamos *cagadillo* a una suerte de caramelo consistente en azúcar fundido al fuego con un poquito de agua. Me lo había hecho mi madre para celebrar mi santo, y todavía quedaba un trozo envuelto en papel de periódico.

—Bueno, pero solo un cachito, que mis dientes no están ya para gollerías.

Lo paladeó como un caramelo de los de la fiesta y dijo:

—Delicioso. ¿Quién lo ha hecho?

—Mi madre.

—Claro, qué pregunta. —Me pasó el dedo índice por la frente y recorrió como un afluyente mi nariz hasta desembocar en la boca—. Bueno, tengo que volver a mi purgatorio. Si eres buen chico, volveré otro día.

—Abuelo, ¿dónde está el purgatorio?

—Es un secreto. Pero algún día lo sabrás.

Encendió la linterna y se puso un gorro que apagó el resplandor verdiazulenco de su calva. La puerta chirrió como un grillo desafinado. Mi abuelo dijo al salir:

—Dile a tu madre que a ver si engrasa esta puerta. Pero no le digas que perturba el oído de los fantasmas.

\* \* \*

He encontrado unas viejas hojas de cuaderno escritas a lápiz, que reproduzco ahora. Modernizo muy poco su simplificada ortografía —solo la separación de palabras— y nada la puntuación: como no tiene ninguna, se ha modernizado sola.



esta noche a venido a verme el abuelo  
dice que donde vive no ay luz  
y por eso tiene luz en la cabeza  
y los ojos de gato  
me a contado un cuento muy bonito  
y dice que si guardo el secreto  
me contara mas cosas cuando pueda volver  
aora vive en el purgatorio  
con unos pocos libros y un cuaderno  
y no ay mas llamas que la de la vela

